

vicios sociales imperantes y que con tan mal elemento nada estable y sincero podía construirse, acometió la obra callada y paciente de formar primero los hombres necesarios para su campo de acción del porvenir. Entonces, abarcando con una mirada luminosa—que debió relampaguear en las tinieblas del error—la bullente muchedumbre de la infancia, tomó el camino decisivo que ya no había de abandonar ni á la hora de la muerte.

He aquí la fundación de la Escuela Moderna.

Recapacitad un instante, y os daréis cuenta del poder arrollador de esta obra de dinamita intelectual que ya está conmoviendo y tiene vacilantes las cuarteadas autocracias españolas.

Bien mirado el asunto, Ferrer no es un ajusticiado inocente de la *Justicia* actual, fundamentada en el orden por la violencia y en la conservación por la fuerza del injusto reparto social establecido. Su obra fué sin duda alguna atentatoria á esa *Justicia*, y su muerte un fenómeno regular en las funciones del Estado.

Sin embargo, no olvidéis que aún en esos mismos Códigos que resguardan las perpetuaciones del despojo, tuvo Ferrer defensa brillantísima. Se le acusaba de una falsa participación directa en los sangrientos desbordes de la multitud barcelonesa hostilizada hasta el delirio por las crueldades del Poder, y no hubo prueba alguna que mantuviera el cargo como lo demostró el defensor de oficio, un militar á quien su profesión pone fuera de toda sospecha de parcialidad en favor de las ideas libertarias.

Lorenzo Ardid y Emiliano Iglesias, *dos Jefes del Partido Republicano radical español*, fueron los únicos que declararon, por meras conjeturas de carácter pecuniario, su *creencia personal* de que Ferrer dirigía el motín de Barcelona.

Conocedora de esta cobarde traición la *Liga de los Derechos del Hombre*, de París, expulsó de su seno al político español Lerroux, por haberse éste

negado á separar á los traidores, del partido que aún comanda.

Por eso habréis de saber que si la monarquía española fué el verdugo, los Jueces fueron todos partidos políticos que en horrible gusanera devoraron lo que queda de una nación de cuerdos Sanchos, que apenas ya si da Quijotes para el recuerdo... y para las mazmorras de Montjuich.

La paciente labor de Ferrer no hería tan sólo á la Iglesia; mataba también lentamente al Estado. De allí la coalición inverosímil que se formó contra ella por las fuerzas organizadas más antagónicas al parecer. Ultramontanos, radicales, socialistas, republicanos, monárquicos, todos vieron en serio peligro los dos grandes árboles en cuyas frondas parasitean, y se dieron las manos para perder al enemigo de su tranquilidad.

Y lo perdieron.

Sólo que como acontece siempre á esos atolondrados empíricos de la vida que creen matar el mal enseñoreado del cuerpo con amputar el dedo que hizo de conductor de la infección, ahora se encuentran con la ola reivindicadora que arrollará sus intereses todos, más formidable con los días.

Muerto Ferrer, la revolución social cuyo soldado fué, avanza imperturbable al logro de su gloriosa aspiración.

El nombre de Ferrer, hermanos, no debe ser objeto de idolatría entre los hombres que hemos dejado atrás la escoria de los cultos. El mismo así lo recomendó en los momentos de expirar. Si comentamos su obra y elevamos en este día—segundo aniversario de su muerte—su personalidad ante nosotros, es para contrarrestar el postrer esfuerzo de la coalición reaccionaria que aún amontona calumnias y diatribas sobre su memoria. Es también para hacer patente en tan memorable fecha, la fuerza libertaria universal que hoy se empina desde todos los puntos del horizonte para mirar el desfile de sus abanderados.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN